

## ▣ **Nasciturus: cultura y desarrollo**

«*Quien no ha sido obstinado acusador durante la prosperidad, debe callarse ante el derrumbamiento*».  
*Victor Hugo, Los miserables.*

**ARCANO.** Las primeras veces que el mundo occidental manejó el término *desarrollo* con el sentido que aproximadamente seguimos aplicándole, allá por los primeros años cincuenta —del siglo XX, entiéndase—, la expresión contenía dos ideas implícitas: cambio y cultura<sup>1</sup>. Ya entonces, casi naciendo, el desarrollo tuvo que arrastrar apostillas la primera de las cuales y más duradera fue la de «económico»; y ese sino lo ha perseguido sin parar hasta nuestros días en que no se desprende de «sostenible», «humano» o, ya en su más reciente inanidad, la de «cultural». Hubo ocasión desde el principio para aclarar que desarrollo era cosa distinta del crecimiento en el terreno de la economía, pero la confusión no acabó nunca de deshacerse mientras tuvo sentido ocuparse de ello. Ese sentido, conviene aclarar, existió mientras las élites del capitalismo naufragado en 1929 se recrecieron, engordaron, a lomos del estado de bienestar, es decir de la expansión de los servicios públicos, de las infraestructuras, la medicina, la enseñanza destinadas a dignificar la vida de las mayorías, a hacer respetable el trabajo y su salario, a consolidar la ciudadanía, a construir sociedad civil. Mientras eso fue así para desterrar la guerra de los escenarios occidentales y arrumbar en el olvido cualquier tentación de *anschluss*, mientras los cachorros del liberalismo fracasado ensanchaban sus fortunas y revestían la libertad individual, mientras, decía, tuvo sentido hablar de desarrollo.

Cambio y cultura fueron aparcados. El cambio, en todo caso, quedó como horizonte socio-político del largo recorrido auspiciado —en cuál de sus acepciones, es difícil pronunciarse— a los que estaban en vías de desarrollo. La cultura se aplicó a fines ecuménicos —pío antecedente de la globalización— y a beneficio de un inventario que legarían gentes peculiares, artistas al parecer, escritores y cineastas, bailarinas diversas, impresores cuidadosos. Farándula. Cómo sería, que durante años y años cultura y desarrollo se equipararon al agua y al aceite: insociables entre sí. Tales faranduleros, bohemios y saltimbanquis fueron confinados en París; tecnólogos y viajeros de comercio abrieron definitivamente tenderete en Nueva York; y el resto de una humanidad imprecisa se dijo que se agolpaba en Calcuta: ese acabó por ser el escenario simbólico del *desarrollo*; es decir, un sobrante de keynesianismo con que ocupar el tiempo de agencias internacionales. El cine pudo en esos años rememorar con desparpajo hazañas coloniales de las naciones victoriosas en la pasada guerra, y reforzar así las razones del crecimiento, de la prosperidad, del bienestar limitado a un puñado de sociedades... que estaban perdiendo sus colonias.

Tras la crisis petrolera de los primeros setenta la cosa tomó otro rumbo; el mismo cine, por ejemplo, fue poniendo fin al *far west*, a las proezas bélicas y definitivamente a la exuberancia hindú o a las calinas norteafricanas, para hacerse celebrante y psicoanalista como paso previo al intimismo o a la tesis de autor, a espaldas aún de Vietnam. El «tercer mundo» —entonces ya camino del cuarto— era cada vez más revoltoso, con crecientes malas entrañas que acababan por encarecer las materias primas; en el «primero» inflación y desempleo habían rasgado el encanto del bienestar, en el «segundo» la estabilidad soviética empezaba a ser más aparente que

<sup>1</sup> Para restaurar la memoria de cómo apareció el «desarrollo» en nuestras sociedades vale rescatar un clásico: George Dalton, *Sistemas económicos y sociedad* (trad. de Enrique Paredes). 1974, Alianza. Al principio puede parecer un ejercicio de nostalgia; pero habría que recomendarlo a muchos alquimistas de la actualidad; y tomarles la lección después.

efectiva, y en el «primero B» o «segundo derecha»—que nunca supimos exactamente dónde caíamos— el recurso a las tiranías se fue mostrando penosa solución: salían caras al final. Una caterva de ingenieros, expertos, analistas, metodólogos y una nueva generación de comerciantes ahora viajeros, formaron las huestes del desarrollo, esta vez «in-a-pla-za-ble».

En realidad fue el comienzo de una política de contención a escala mundial que situaba en su eje el crecimiento económico acompañado de coartadas jurídicas de legitimación de los estados en países chicos y/o nuevos pero pobres. La ayuda al desarrollo se transformó en un rubro específico y la filosofía en que se sustentaba propició que la sociedad civil aceptara articularse a su rebufo en forma de lobbies. Al llegar al año 2000, el consenso internacional sobre objetivos básicos para el milenio a estrenar (ODM) tuvo un doble significado: la incorporación del espíritu filantrópico al del desarrollo primigenio, pero también el reconocimiento *técnico* de un fracaso histórico que urgía otra contención, ahora de los desastres humanos con los que estaba conviviendo un bienestar ya en estancamiento neo-liberal. El cine, por cierto, había dejado definitivamente de acompañar a la historia y se había vuelto para entonces polimórfico, «*septimoartístico*» y alternativo con su crisis de formato y comercialización anterior, algo anterior, al jardín digital<sup>2</sup>.

El agua y el aceite se arrullaron entre tanto. Quizá fue un matrimonio de conveniencia, por poderes, o morgánico en todo su esplendor, un simulacro de unión más que una mezcla efectiva. Allá mediados los ochenta, cuando la cultura de la humanidad con mayúsculas de UNESCO decidió que la prensa independiente en el tercer mundo era un riesgo estratégico y que había que transformar la modernidad crítica en estabilidad ilustrada, se propuso una década —largo lo fiaban— para concertar qué había de ser el *desarrollo cultural*, imprecisa conjura de paz y conocimiento llamada a mejorar las vidas de todos. Diez años después la sesuda reflexión no se refirió a su objeto inicial sino a *nuestra diversidad creativa*, que antes de alcanzar el 2000 realmente hubo diversificado un rosario de magnos encuentros, expertos aeroportuarios, (in)definiciones oscuras y prolijas, entusiasmos a color y salidas tangenciales para no tener que hablar del Islam ni de Corea (del Norte). Cultura y desarrollo eran libres de desbarrar por donde les placiese, siempre en el ondulado designio de un bucle sin melancolías.

**BUCLE.** La principal consecuencia del frustrado debate sobre cultura y desarrollo a fines del siglo XX fue una leve introspección occidental en aquel terreno huérfano de ética propia. Fue importante la generalización de una conciencia acerca de una posmodernidad o post-industrialización que dejaba al descubierto muchas lagunas en la cultura económicamente dominante. Porque a la vez que en la cultura *creativa* se enumeraban hitos, tendencias y hallazgos singularísimos durante los cuarenta años anteriores, en la cultura política, social, *civilizatoria* —al punto de sentir agotada una era— se registraban verdaderas insuficiencias. Los sistemas educativos, en primer término, parecían impotentes y sobre todo renegados del ideal ilustrado que les había dado aliento secular; además el racismo, o los racismos, no sólo no se habían mitigado sino que retomaban un desastroso vigor en los meollos de las sociedades avanzadas acompañados de la multiplicación de comportamientos xenófobos; y entre otros síntomas, un reverdecer de espiritualismos de *diverso* pelaje no se bastaba a deteriorar las iglesias más rancias y acaudaladas sino que venía a sazonar el bienestar con primitivismos

2 <sup>□</sup> Otra forma de verlo es la que ha dejado Tony Judt, refiriéndose a la irrupción de la TV desde los sesenta: «...*El cine europeo dejó de ser una actividad social para convertirse en una forma de arte...*»; T. Judt, *Postguerra* (Trad. de J. Cuéllar y V.E. Gordo). 2006. Taurus. (Pág. 508)

[Léxico de incertidumbres culturales]

estrafalarios y a edulcorar la celebración de la ciencia con esoterismo militante. Desde derecha e izquierda, desde los más *diversos* centrismos biempensantes, el desarrollo comenzaba a ser problema doméstico tanto como la cultura presentaba síntomas de atavismo globalizado.

Barcelona. Transformación urbana. 2004. Foro. Mundo mundial. El bálsamo de fierabrás a los males heredados del siglo de Camus, Hitchcock, Einstein, Heidegger, Picasso, Lacan, Toynbee, Malraux, Keynes, Lorca, Moore, Puzo, Wright, Kandinski, Bergson, Faulkner, Wittgenstein, Godard, Habermas, Rostow, Baldwin, Fromm, Shumpeter, Miró, Braudel —por ejemplo— sería una vuelta de tuerca —no una vuelca de tuerta, aunque había sido también el siglo de Cabrera Infante— al desarrollo hacia adentro de la cultura desde fuera en consonancia con la exigencia generacional de plataformas cívicas donde las sociedades obtuvieran un retorno de realizaciones personales en lo colectivo de las ideas (?!): *Agenda 21*.

Esa Agenda 21 o *Culture 21*<sup>3</sup> ha sido en los años recientes la mejor propuesta con alcance internacional en la que identificar el conflicto eidético, irresoluble en el momento, entre cultura y desarrollo. Sus resultados prácticos, especialmente en materia de mejora estadística y de ordenamiento del sector-cultura a escala local, han dependido de voluntades muy concretas, muy pragmáticas también, por parte de responsables de cultura a nivel territorial. Pero más allá de eso, que ha sido importante, la iniciativa reproducía discursos elusivos, recurrentes o ingenuos rescatados de tantos otros cónclaves fundacionales habidos con anterioridad<sup>4</sup>. En el fondo era una afanosa réplica de previas iniciativas surgidas especialmente en la órbita del Consejo de Europa y del Programa 2000 de la UE, que venían alimentado intercambios de infinitos dossiers, consultorías con piel de sociedad civil y microempresas con disfraz de fundación. Sólo que en este caso se daban dos pasos más.

Una novedad consistía en el aire recriminatorio imperante en la «agenda», dirigido a los gobiernos y que caía en sinuosas contradicciones<sup>5</sup>. El otro paso era conminatorio hacia organizaciones internacionales que no eran sino espejos en que mirarse: UNESCO debía «reconocer esta Agenda 21 de la cultura como documento de referencia» (punto 58), la Organización Mundial del Comercio «excluir los bienes y servicios culturales de sus rondas de negociación» (punto 64), el PNUD ocuparse de descifrar el sentido de la cultura y el desarrollo (punto 60); y, por fin, a los gobiernos de Unión Europea, Mercosur, Unión Africana, Asociación de Naciones del Sudeste Asiático, se les encomendaba que hicieran de la cultura su pilar fundamental, entre otras consideraciones de alcance<sup>6</sup>. Poco después, al presentar su programa

3 [www.agenda21culture.net](http://www.agenda21culture.net).

4 <sup>3</sup> Así: «el desarrollo cultural se apoya en la multiplicidad de los agentes sociales» (punto 5). En el punto 11, por ejemplo: «la iniciativa autónoma de los ciudadanos, individualmente o reunidos en entidades y movimientos sociales, es la base de la libertad cultural». También «evitar la celebración de acuerdos comerciales que condicionen el libre desenvolvimiento de la cultura» propuesto en el punto 52.

5 <sup>3</sup> Concretamente instaba a «garantizar la financiación pública de la cultura ... la financiación directa de programas y servicios públicos... apoyo a actividades de iniciativa privada a través de subvenciones, así como ... microcréditos, fondos de riesgo, etc. ...establecimiento de sistemas legales que faciliten incentivos fiscales a las empresas ... teniendo en cuenta el respeto al interés público» (punto 20).

6 <sup>3</sup> Eran estas respetar las políticas nacionales y tener políticas culturales continentales y adoptar «la legitimidad de la intervención pública en la cultura, la diversidad, la participación, la democracia y el trabajo en red» (punto 65), nada menos y todo a la vez.

2008-10 la auto-evaluación se resumía en cierto narcisismo: «...*Gracias a CGLU (Ciudades y Gobiernos Locales Unidos), en el periodo 2004-2007, la Agenda 21 de la cultura se ha convertido en la principal contribución (original y multilateral) de las ciudades a la gobernanza de la cultura a escala global...*» (Sic, por supuesto).

Pese a la grandilocuencia, conviene insistir en que la Agenda 21, con excesos y virtudes, representa a la perfección el conflicto eidético implícito en «cultura y desarrollo» al comenzar este siglo: la convicción optimista en una solvencia *tecnocrática* para encarar la cuestión y enumerar las vías de abordaje, envuelta en un discurso revelador de la impotencia política de actores y agentes culturales —pues a los del desarrollo aún ni les iba ni les venía—. Este conflicto encierra contradicciones habidas antes de 1990 y lo que se hace, o hacemos, es trasladarlas a la actualidad más por esperanza en algunos efectos prácticos y lucrativos que por contar con capacidad de resolución. Seguimos apelando a lo público para emancipar a la cultura y a los ciudadanos de la tiranía de *los políticos*. Reclamamos la bondad de lo diverso como base legítima para un tratamiento homogéneo. Reactivamos la dinámica de lobbies políglotas pero endogámicos para compeler a organismos internacionales, práctica cuyas consecuencias atomizadoras ha mostrado con crudeza la cooperación al desarrollo.

Y, sobre todo, se asume para la cultura el tono de una *responsabilidad occidental* con aroma de *business* solidario y costes de ensayo al cargo local: también la cultura, me temo, había quedado bajo el influjo de la «burbuja del conocimiento» que hizo ciegos, mudos y soberbios a tantos economistas en los últimos treinta años<sup>7</sup>. Si ha habido una crisis de percepción del conocimiento bloqueando el análisis económico, su réplica o sus efectos han alcanzado al análisis cultural dando por buena otra *mano invisible* que resolvería la redención ilustrada y a distancia de aldeas remotas, obreros residuales, refugiados de suburbio y aun de príncipes y mendigos: metalenguaje de proyectos.

**ESCENARIO.** El problema es que «cultura y desarrollo», como paradigma, no resiste enfoque técnico porque no ha tenido hasta la fecha enfoque político —la mentada «burbuja» lo hacía innecesario—; pero es una cuestión política más dependiente cada vez de la posición ideológica desde la que se aborde y, por ende, de la propuesta de escenario humano que se quiera conseguir. Como sucede que el estado de bienestar se encuentra en retirada forzosa —por declinación de la izquierda *blanda* que lo vició primero y maleducó después— el «desarrollo» no es desde hace tiempo ni todo ni parte del escenario de llegada de ningún proceso de cambio; podrá serlo el crecimiento, o el enriquecimiento de algunos, o las TIC, o las economías-monocultivo; pero no el desarrollo, ni el cambio en sí, ni la cultura como motor de nada. Estos no son ya parámetros de arranque de este siglo XXI en el que ha decaído la equidad.

La conjunción de cultura y desarrollo requería el objetivo de cambio social promovido por la variación de las condiciones materiales e intelectuales del grupo humano en que se hubiera operado<sup>8</sup>. Ahora bien, sucede de hecho que el sector cultural no reúne condiciones objetivas para proponer, inducir ni menos gestionar un cambio de semejante naturaleza. Incluso hoy día podrían estar dándose otras condiciones para un *retro*-desarrollo cultural —especial[A]mente en las sociedades avanzadas— capaz de contaminar cualquier modelo de *mejora* cultural destinado a contrapartes. Dichas nuevas condiciones se derivan, claro está, de la desideologización de la

7 <sup>□</sup> Véase Joaquín Estefanía, “Economistas de ‘agua salada’ y de ‘agua dulce’”. *Claves de razón práctica*, 225 (nov./dic. 2012); págs.74-85.

política y la opinión públicas en los países occidentales, produciendo primordialmente una sustitución del conocimiento por el volumen informativo, una marginación del pasado como fuente cognitiva, una suplantación de la ética de libertad por decálogos de eficiencia, y una constrictión del hecho cultural a sus proporciones de consumo. Si este *modelo* se inmiscuye en cualquier cooperación, internacional o endógena, difícilmente podrá asociarse al desarrollo, pues encierra un falseamiento del legado intelectual común y, especialmente, una desnaturalización de la libertad de opción. Solemos llamar a esto neoliberalismo, pero es sobre todo la ciénaga de moralidad en que desemboca la condena interesada de las ideologías.

Mientras esto sucede, en la cultura occidental hemos venido buscando y glosando cómo contribuir al desarrollo cultural básicamente en acciones de cooperación internacional que, por cierto, hubiera sido el primer velo a rasgar ya que justamente la idea de desarrollo invita a revisar su objetivación en logros domésticos. Sigo pensando que los resultados más razonables, satisfactorios, se han cosechado en el ámbito patrimonial, sea urbano, arquitectónico, de bienes muebles, arqueológico, archivístico o bibliotecario. Esto es así porque tales acciones implican un *crecimiento* del acervo cultural por anecdótico que pueda considerarse. En otros segmentos sin embargo la cooperación cultural raramente ha obtenido impactos de desarrollo; en todo caso es dable confiar en que la formación de agentes, la transferencia de recursos y tecnologías han proporcionado refuerzos al tejido cultural. Pero en conjunto la interacción de cultura y desarrollo se nos ha desgastado como horizonte sin que haya adquirido una praxis, buena o mala, ni elaborado unos términos concretos de su consistencia. Este me parece que es el escenario en que nos encontramos.

**ENFOQUE.** Identificar grados o niveles de efecto positivo obtenidos por la cultura en pro del cambio depende en todo caso de la escala de aproximación que se emplee. Si damos prioridad al primer plano seguramente apreciemos resultados satisfactorios: la recuperación de un centro histórico, la restauración de arquitecturas para uso público, la formación de programadores-evaluadores, el relevamiento de datos a escala territorial: todo eso deja percibir factores de cambio que son *reales*. Es al abrir el ángulo cuando la satisfacción decae, sin duda porque padecemos una expectativa comparable a la de los impresionistas empeñados en recomponer cierta totalidad con otra luz, con otra sensibilidad ante el conjunto: algo así se esperaba del *desarrollo cultural*. Hemos podido sentirnos virtuosos del proyecto concreto, aislado, diríase que como ensimismados ante miradas perdidas de borrachos o la displicencia de niños que comen uvas, o la vieja que fríe huevos —primeros planos velazqueños que, para el caso, había descubierto la *impresión* durante su estancia en Italia—, o ante el pífano de Manet. Pero Velázquez mismo había alterado el significado del primer plano, del plano corto, con la composición de la, o una, globalidad con todos los focos de atención en su sitio: el estudio donde pintaba a la infanta y sus meninas. En el sector cultural no hemos llegado a nada parangonable; ni al juego de sucesivos primeros planos en que se mueven las bailarinas de Dégas. Ni a la coexistencia de múltiples primeros planos

---

8 <sup>8</sup> Ya en otra ocasión (*Bajo el signo de Narciso...* Valencia, 2008), proponía que *desarrollo cultural* «sea toda acción organizada para generar un cambio en la estructura de conocimiento de un grupo o sociedad concretos; el cambio sólo será verificable si se produce coetáneamente a la obtención de un grado mayor de libertad para acceder y utilizar el conocimiento; esa libertad sólo puede sustentarse en recursos materiales y en normas de convivencia que hayan eliminado barreras entre las personas y las ideas. Si no se puede verificar un avance en las libertades materiales y cívicas, podremos hablar de crecimiento cultural, pero no de desarrollo» (pág.44).

capaces de trasladar lo más intenso, la totalidad del espanto estallando en Guernica. No hemos enfocado la totalidad imaginable por el desarrollo y la cultura ni siquiera recurriendo al paisajismo trucado de Cézanne o a la *impresión* minuciosa de Camille Pissarro.

Lienzos aparte, más bien lo que tenemos es un álbum de fotos entrañables, para qué negarlo. Y por más que recurramos a la conectividad para convencernos de que dicho álbum contiene una secuencia suficiente, diversa y políglota, lo cierto es que desde la cultura apenas si nos hemos asomado a un escenario de desarrollo. Desde luego es cuestión de saber manejar escalas, diferentes reglas con que medir el alcance de lo que se hace o se hizo. Utilizando la escala educativa, por ejemplo, la historia de una cooperación al desarrollo arroja un balance reconfortante porque es innegable que se han transformado realidades que parecían impenetrables a un atisbo cultural, aunque ello no implique forzosamente un crecimiento de la cultura como sector. Con la regla de medir el patrimonio hasta podemos recostarnos dejándonos abrazar por el pasado mismo, por una calidad de memoria instalada en patrones de bienestar; podemos incluso sentirnos intangibles. Y el rasero de la solidaridad más o menos de alquiler es capaz de trasladarnos a un desarrollo de conciertos inefables e infinitos, bien sonorizados, con sus refrescos y sus porros y sus dentaduras impecablemente blancas vocalizando compasión y lejanía compartida: cultura y desarrollo *sin fronteras*. Lo malo —o no— es que todas las versiones, todos los cánones que nos enfocan el primer plano de turno vienen ya envueltas en el paquete de la comunicación, que es como decir el de la accesibilidad con que nos manejamos ahora y que trastoca cualquier distancia: que suplanta la globalidad y la comprensión.

**PERSPECTIVA.** Hay que estar avisado para tratar de distinguir si existe un trasfondo general que no es, desde luego, la comunicación en sí. A la luz de internet, de sus disponibilidades documentales, sus foros e imágenes, podemos interpretar esa implosión informativa como expansión cultural y ésta, a su vez, como desarrollo. Ya en esa posible pero fatal confusión está presente la carencia de interpretaciones, de mediaciones que aporten perspectivas con las que eludir un achaque característicamente contemporáneo: acceder a «*más y más cosas, pero menos importantes*», como ha advertido recientemente Juan Goytisolo. Que tengamos más noticias de cultura, y más detalladas, procedentes de los lugares más diversos no es síntoma de que se esté produciendo desarrollo cultural en este o aquel grado, es síntoma de algo —tan viejo como la humanidad— cual la necesidad de hacer saber a los demás; al entorno más bien, aunque hoy vivimos la obsesión del largo alcance que me parece que confundimos, también, con trascendencia. Como tampoco expresa desarrollo el que la transmisión se haga empleando una especie de metalenguaje pretendidamente del desarrollo; circulan incluso manuales y metodologías *para* el desarrollo cultural, que no son sino trasposiciones del encomiado *marco lógico* de la cooperación internacional que, en ocasiones, no hacen sino recordar el viejo concepto de «instrumento de dominación». Esa *solvencia* técnica a que antes aludía parece proponer una perspectiva no siempre honesta, no necesariamente «cooperacional», sino más bien expresiva de quién posee las claves, de en qué *monasterio 21* se guarda la interpretación correcta del Génesis.

Si la filosofía del desarrollo consistía en una transferencia de objetivos éticos, experiencia y recursos desde las sociedades avanzadas hacia las que no habían alcanzado esa calidad, y si dicha transferencia tomaba sus mimbres del estado de bienestar, hoy eso no es posible porque las sociedades *avanzadas* no se articulan en el bienestar —ni las nórdicas— sino en la posición

acreedora y hegemónica dentro de la economía mundializada y desigual. De hecho hace al menos una década que las transferencias acogidas al paradigma del desarrollo han derivado netamente hacia la categoría de la contención en términos de centro y periferia; términos que, además de multiplicar el clásico binomio norte-sur, están vaciando el sistema de naciones unidas. Dejamos correr como desarrollo meras trasposiciones de la más simple compasión, como cooperación lo que no es sino caridad tecnocrática, y como libertades democráticas sucintas —y lucrativas— opciones digitales. La reactivación de los populismos, de pretendidas *mareas* raciales, de revueltas tasadas o presiones *populares* en «la red» testimonian que el tiempo del bienestar y del desarrollo ha dejado paso a un extraño, moralista y mercadotécnico individualismo que dice articular la vida colectiva.

En este proceso la cultura ha caracoleado, como suele decirse, *como pollo sin cabeza*. La que se reclama últimamente como cultura «esencial» pero desnaturalizada, cultura «culta» que decíamos para entendernos, se desentendió de las derivas sociales hace mucho tiempo y aceptó en sus salones la metáfora del agua y del aceite, visto que la fluidez económica, la emergencia social y los márgenes filantrópicos hacían posible un festín de «warholitos», una cultura dualizada, una fiesta con kermeses para todos pero bien estratificadas. Es verdad que este jardín de las delicias invita a sobresalto y que ni el cómic ni la pintura callejera nos han de proporcionar un Hieronymus Bosch que nos abra los ojos; pero lo hemos fabricado entre todos como advirtió mordaz y rigurosamente Scruton<sup>9</sup>. Por su lado, la cultura que ahora se recrimina como «del espectáculo», la del imperio de las pantallas y el entretenimiento, es responsable a lo más de inanidad; pero no por la hipotética vaciedad de sus contenidos sino por el escaso respeto hacia sí misma, hacia sus logros y valores nuevos que ha puesto sobre el tapete: está herida de éxito y sólo es capaz de reconciliarse con sus cifras, ahora en tela de juicio, desechando cualquier autocrítica. Por así decir, sólo le ha interesado el agua —a raudales, en torrentes—, ha condenado al aceite a hibernar en Wikipedia® y le basta que el desarrollo consista en conciertos de música *étnica* o poco más.

La misma derecha occidental que acorraló a la naciente libertad de prensa amparada desde UNESCO por Amadou-Mahtar M'Bow hace un cuarto de siglo, ahora califica de «insatisfactorio» el comodín de la diversidad cultural. No le falta razón porque ese discurso —si no excurso— nació acrítico, confiado en un bienestar remansado que tendía a dotar de lógica al puzle o a amortiguar una especie de «tectónica de razas» que, obviamente, no ponía en juego *culturas* sino más bien desigualdades y prejuicios. Por su lado la izquierda o las corrientes progresistas han actuado respecto de la cultura contemporánea de manera acomodaticia considerándola —con la más vieja de sus ingenuidades— territorio privativo, o más suyo que del conservadurismo, dejando correr un entusiasmo fundacional capaz de disculpar cualquier desproporción. En resumen, que hemos perdido desde varios frentes básica capacidad de análisis, de crítica, al tiempo que desarrollo y bienestar abandonaban la escena.

**GARANTÍA.** ¿Qué va a ser entonces del desarrollo cultural que aún consideramos latente o pendiente, ya que no vigente? Necesitamos interpretar el sentido de lo que ha cambiado y/o de lo que está cambiando, para lo que partimos con un déficit ideológico cierto, cualquiera que sea la

9 <sup>9</sup> Roger Scruton, *Cultura para personas inteligentes* (Trad. de Joan Solé). 2001. Península.

orientación que se elija. Si se tratase ante todo de acomodar el *tamaño* del sector cultural a su realidad económica, con vistas a corregir su dependencia financiera y sus desajustes respecto a la demanda, una visión como la liberal que cifra el futuro en mecenazgos y patrocinios resulta no ya «contra-desarrollo», sino simplemente desaconsejable en lo económico y frustrante en cuanto a horizonte democrático. Desde posiciones progresistas sencillamente no hay propuesta para esa cuestión, sin duda acuciante, y si la hay es sólo reiterativa, redundante; retórica. Si el esfuerzo ha de dirigirse a mantener, perfeccionar, afinar la concepción de desarrollo obtenido en y por la cultura, cabe predecir una larga temporada en la que el objetivo estará cada vez más alejado, más contradicho por la mundialización económica. El desarrollo no es el paradigma que orienta ahora una mejora de condiciones de vida para las sociedades, y parece que va a tardar en volver a serlo, si es que tal cosa sucede.

Podríamos quedarnos con el cambio. ¿Podríamos? Ya que no nos asiste una base ideológica con poderío, imaginemos que un retorno a la equidad, al estado de derecho a salvo de *mercados* y *conflictos limitados*, compongan el objeto de una cultura compadecida de sí misma: sabedora de sus lacras analógicas y manías digitales. ¿Podríamos retrotraernos al cambio de este contexto desfavorable que estamos experimentando como meta para dilucidar cómo puede y debe contribuir a él la cultura y su sector? Z.Bauman había propugnado meses atrás la necesidad de incentivar las traducciones como herramienta con la que elaborar algo así como una futura «Biblioteca de Alejandría». Pero esa u otra reconfortante propuesta, me parece, habrá que referirla en realidad a la necesidad de una cooperación intelectual para la que nuestro crecimiento *cultural* no ha proporcionado algo tan capital como la mano tendida hacia todas las lenguas; nos ha proporcionado empatía idiomática y competitividad mental, pero no traductores, mediadores, intérpretes a partir de la convicción en la libertad humana. Podríamos quizá emplazar a la cultura ante el cambio, siendo capaces de imaginar y articular una cooperación intelectual que atienda a la igualdad de oportunidades de las sociedades ante lo global, en una dirección como la apuntada por Bauman.

Sé que a los conversos digitales, *alumbrados* del siglo XXI, les hace sonreír algo así porque estiman que en la pantalla todo está o estará cuando menos *transcrito*. Pues bien, les diré que creo que las redes, ni internet en general, van nunca a manejar contenidos en un sentido de cambio; se satisfarán cada vez que recuenten su capacidad desmedida y a eso lo calificarán como cambio constatado; pero la acumulación no proporciona el sentido hacia el que se dirige. Internet, las redes, plataformas y portales van seguir haciendo lo que les ha dado razón política en su despegue: instalar *causas* en la corriente de información. Pero el flujo de comunicación, ensanchándose como instrumento, tampoco articula esas causas —nobles o espurias—, más bien las dispersa y aísla unas de otras al punto de cegar un atisbo de cooperación entre ellas. La cultura de las pantallas no imagina el cambio porque sólo alcanza a sacramentar transformaciones ya cumplidas.

He de proporcionar más motivos de sonrisa. En tanto sigamos sin una *biblioteca de Alejandría* me parece que la clave de las capacidades culturales de cara al futuro pasa por *asegurar* el conocimiento, garantizarlo, y que algo así no lo proporcionará internet como tal sino ciertas infraestructuras llamadas intrínsecamente a esa tarea: archivos, bibliotecas, museos, filmotecas, la conservación del patrimonio. ¡Qué antiguallas! Pero de ellas depende que los contenidos sean



seguros, contrastados, reales mientras discurrimos por la molicie virtual. Las TIC, claro está, están siendo potenciadoras de tales infraestructuras para que podamos *navegar* con garantías; esto es, navegar por contenidos de la cultura acumulada, que son los únicos referentes netos para hablar, buscar y, llegado el caso, certificar el cambio y no sólo transformaciones puntuales. Si algo se va a parecer a lo que especulamos en su momento como desarrollo cultural, eso va a ser amarrar lo que efectivamente tenemos para cooperar intelectualmente, va a ser garantizar el legado recibido, proporcionar seguridad de conocimiento a lo que llamemos cultura en un mundo de mensajes y entusiasmos volátiles.

\*\*\*

Días atrás, desde un dicasterio de la cofradía de Friedman uno de sus diáconos urgía para los españoles del mañana una formación escolar sólida en matemática y estadística, en convincente destreza expositiva y en alto nivel de inglés: lindo *tecno-trívium* preparatorio para escuelas de sicarios que se anuncian de negocios y que nos han traído, y nos seguirán llevando, a esta madurez de rosacruces de cocina, a esta estética de alcobas en red, a esta introspección de tina con burbujas. Entonces —ya no lo veremos— otros herederos de parias de la tierra acabarán por trazar otra utopía que tal vez vuelvan a nombrar «desarrollo» (y «cultural»): divulgarán obras y músicas insólitas surgidas fuera de nuestra servidumbre saludable y excavarán los restos de los cimientos que sustentaron varios cientos de escuelas de soledad. Tardaran décadas en descifrar el sentido de una inscripción, borrosa: «Comala».